

La Identificación de María con los sentimientos de su Hijo.

En el pasaje de la Anunciación y nuestra Identificación.

Lucas 1, 26 y ss.

11 de Diciembre 1968

“Al sexto mes fue enviado por Dios el Ángel Gabriel a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la Casa de David, el nombre de la Virgen era María, Y, entrando donde ella estaba, dijo: -Alégrate, llena de gracia, el Señor es contigo. Ella se conturbó con estas palabras, y discurría que significaría aquel saludo. El ángel le dijo: -No temas María, porque has hallado gracia delante de Dios, vas a concebir en el seno y vas a dar a luz a un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Él será grande y será llamado Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre. Reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin. María respondió al ángel: -¿cómo será esto, puesto que no conozco varón?. El ángel le respondió: -El Espíritu Santo vendrá sobre Ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso, el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios. Mira, también Isabel, tu pariente, ha concebido un hijo en su vejez, y éste es ya el sexto mes de aquella que llamaban estéril, porque ninguna cosa es imposible apara Dios. Dijo María: -He aquí la esclava del Señor, hágase en mi según tu palabra. Y el Ángel, dejándole, se fue”

Quien sabe cuantas veces hemos leído este pasaje del Evangelio... Y ahora a mí me llama la atención que a través de este pasaje del Evangelio, se ve la más íntima unión entre Dios y una criatura.

Dios cuenta con una criatura que siempre capta el deseo de Dios Con una criatura a la cual basta decirle: Yo quiero esto, yo pienso esto... para que ella sin más acepte.

Podría aparecer como que Dios le impone a María ser la Madre de Jesús, porque las palabras del Ángel van identificándole algo que Dios quiere hacer: “Has hallado gracia delante de Dios, vas a concebir, vas a dar a luz a un Hijo, será grande, será llamado, reinará...”

Dios le está comunicando a María un llamado: “Yo te he llamado, Yo te he escogido para que tú seas la Madre de mi Hijo, y por eso vas a ser madre, y por eso vas a dar a luz...” si pensamos bien, toda la vida de María en esto mismo ¿cuál fue

el merecimiento de María? Que Ella nunca tuvo un momento de duda para aceptar lo que Dios le iba presentando.

En todos los rasgos que el Evangelio nos cuenta de María, aparece siempre una criatura tan unida con Dios, tan identificada con Dios, que Dios no tiene nunca que convencerla de que acepte su voluntad, sino que le basta saber, Dios quiere, Dios lo quiere, yo también lo quiero.

Entonces, es una criatura totalmente identificada con Dios, y por eso a Dios le basta decirle a María: “Yo te escogí, María, tu vas a dar a luz...”

Si Ella pregunta: “¿Cómo ha de ser esto? *Que no conozco varón*” es porque desea cumplirlo, desea saber. Ella entra inmediatamente en la voluntad de Dios. Es como decirnos, un ser humano no puede no ser de Dios. Una persona no puede no ser de Dios.

La verdad, lo único absoluto, es que toda criatura, es que todo ser humano es de Dios, pertenece a Dios, pertenece a Dios en forma absoluta.

¿Y qué es lo que nos pide Dios? Que nosotros reconozcamos que somos de Dios. No es que yo diga, voy hacer un acto de entrega a Dios, como que soy una persona ajena y ahora quiero entregarme a Dios... Cuando uno dice: “Yo quiero entregarme a Dios, es porque está reconociendo que uno es de Dios.” Reconoce ese vínculo misterioso de amor, que hay entre Dios y nosotros.

Dios nos tiene como suyos. Dios a nadie tiene como algo ajeno a Él. Dios nos tiene como suyos, y entre El cada criatura que viene al mundo, hay un vinculo misterioso y real de amor, de amor de padre. Así como en la familia, cuando un hijo es engendrado, los padres lo tienen como suyo: es mi hijo, me pertenece. Y el hijo de ellos: son mis padres, es mi papá, es mi mamá. Y ningún hijo va a decir un día, yo voy ahora a ser de mis padres. Sencillamente reconoce esa realidad: soy de mis padres, por eso que los sirvo, por eso que les obedezco y siempre estoy inquieto y preocupado por ellos.

Esto es lo que aparece tan claro en este pasaje de la Anunciación. María sabe que es de Dios y cuando el ángel le ha dicho: “*llena de gracia, el Señor es contigo*” Ella está como tomando nota, con mas claridad que el Señor está siempre junto a ella, que el Señor siempre la escoge, la elige.

El profeta Isaías había hablado de esta doncella, de esta virgen que iba a concebir un niño, dando a luz, o sea, Dios siempre la tenía unida consigo, en horma

especialísima, porque a Ella la une consigo como Madre, como la Madre de su Hijo.

Y esto es lo que nosotros venimos a hacer en la Eucaristía. No venimos como a entregarle a Dios algo que no le pertenece: nuestra vida, las acciones del día... Venimos a reconocer que lo nuestro es suyo.

Cuando Jesús, en la Encarnación, le dijo al Padre: “He aquí que vengo, en Dios, para tu voluntad”, justamente Él, al encarnarse como hombre, estaba reconociendo esa dependencia amorosa que El tenía con su Padre, en cuanto creatura, como hombre: “Venga a hacer tu voluntad” y Cuando Él dice: “Yo hago siempre lo que le agrada” está expresando que está tan identificado con la voluntad de su Padre que no hay otra cosa que hacer, que hacer esa voluntad. Que El no puede tener otro realizando la obra que su Padre le ha encomendado. Y cuando El se entrega en la Cruz, nuevamente repito, no es un extraño, que se va a entregar al Padre. Lo que Él reconoce con toda plenitud, con toda la profundidad con todo el alcance que tiene, reconoce que es de Dios y que toda la creación es de Dios, y que todos nosotros, unidos a Él, somos de Dios.

Y esto es lo que nos pide que hagamos en la Santa Misa. Cuando hacemos la ofrenda de nosotros mismos con Él y en Él, quiere decir: somos tuyos; queremos reconocerlo, creemos, queremos que sea una realidad en nuestra vida diaria, que somos tuyos, lo más pequeño y lo más grande que somos nosotros, en nuestra persona, en nuestra actividad, te pertenece, es tuyo, y Tú cuentas con mi pensamiento; y cuentas con mi palabra; y cuentas con la acción, porque somos tuyos. Tú quieres continuar haciendo salvación y Tú quieres continuar perfeccionando tu mundo a través de manos, de nuestros pensamientos, de nuestra acción... esto significa que en el momento de la Comunión, cuando Cristo viene a nosotros El no viene a tomar posesión de algo extraño a Él, porque somos su Cuerpo, somos suyos, Él viene a los suyos. San Juan dice: “*Vino a los suyos y los suyos no lo reconocieron*”, lo rechazaron.

Cuando nosotros venimos a la Eucaristía, nosotros le decimos: “Tu vienes a lo tuyo, a lo que siempre te ha pertenecido”. Y cuando abrimos el corazón en la Comunión, volvemos a Él a decirle: “Tu vienes a lo tuyo; y nosotros sabemos que somos tuyos y queremos ser más tuyos.

Siempre es posible aumentar esta relación de amor, de dependencia, de sujeción, de absoluta entrega... siempre es posible aumenta esta relación. Y no podemos aumentar esta unión nuestra con Él si no es El que viene a unirnos consigo mismo, y por eso dejó la Eucaristía.

Así como en el momento de la Encarnación, Él unió a María a Sí, El la hizo y la convirtió en su Madre, en la Eucaristía El nos toma y nos hace más suyos y nos da más luz y nos da más amor, para que vivamos con mayor perfección esta realidad: **Somos de Dios**. El crecimiento de la vida interior, el crecimiento de la vida cristiana consiste en que Él nos de mas luz, mas fe, para saber que siempre está con nosotros.

Que nos dé más amor para que todo lo hagamos en unión con El. Y pensemos siempre: mi vida no puede ser de otra manera que ser entregada a El. Mi vida no puede ser de otra manera que ser suya, totalmente suya.

Cristo viene al mundo en el nacimiento, en Navidad, en busca de los suyos. Y nosotros nos preparamos en el Adviento para que esta gracia que El trae, como el enviado del Padre, que viene a unir Conmigo la creación y todos los hombres y a cada uno de nosotros, esta gracia de unión, de renovación de vida, nos llegue plenamente. Así como María, cuando Jesús nació, ella creció en esa sumisión a El, cuando lo vio en sus brazos y lo sintió tan débil, sintió con más fuerza que era Madre, con más fuerza que cuando estaba escondido en sus entrañas. Y sintió con más fuerza que su vida tenía que estar totalmente dada al Hijo, que era el Hijo y para toda la obra del Hijo, de manera que El fue creciendo y fue dando a conocer su tarea de Salvador y María fue entrando más y más en esta relación de unidad absoluta con El.

Entonces, preparemos nuestra Eucaristía, para entrar en esta unión con el Señor. Y preparémonos en este Adviento, para recibir con mucha abundancia esta gracia y así se realice en nosotros con nueva fuerzas y con nueva profundidad el Misterio de la Encarnación de Cristo en nosotros, en toda la Iglesia, en todo el mundo.